

## Un místico que escribe cartas y siembra la tierra

*Cartas a Simón (1950-1959)*

FERNANDO GONZÁLEZ

Eafit, Medellín, 2017, 239 pp.

QUIENES ESTAMOS acostumbrados a la mordacidad y sostenida reflexión de un pensador del calibre de Fernando González (1895-1964) puede que no encontremos en este volumen de cartas a su hijo Simón González Restrepo más que un anecdótico íntimo que denota la necesidad de instrucción paternal, caracterizada por el tono conciliador de un guía espiritual y padre de familia en conversación epistolar. Se trata de una selección de cartas que comprenden el período 1950-1959 y en las que el filósofo y pensador de Otraparte conversa con “Monchito”, su hijo menor, desde una suerte de catequesis mística aquí apenas esbozada en el soliloquio y el álbum familiar, esto desde temas como la economía, el cuadro de costumbres antioqueño, la política continental, la vida pastoril o las afecciones del cuerpo y el espíritu. Por lo demás, no se trata de un epistolario que se muestre dialógico en su escritura más allá del acontecer y el intercambio de noticias, pues se compone esencialmente de generalidades y monsergas destinadas a un hijo veinteañero, para entonces estudiante de ingeniería en los Estados Unidos. Las grandes disquisiciones filosóficas quedan contenidas en un relato nada vanidoso, escrito por quien fuera hombre de la naturaleza dado a una reflexión desenfadada, alejada a menudo de los lugares comunes de la intelectualidad para transformarse en un goce estético, allí donde “el alma del místico es interesante como selva del Trópico”, esto para hablar desde su *Viaje a pie* (1929).

Se trata de un Fernando González cuyo misticismo lo lleva a hablar de Dios algo más de cincuenta veces a lo largo de estas cartas, ahora reeditadas por la Universidad Eafit de Medellín. Sin embargo, no se trata aquí de Dios como una fuerza vergonzante o como parapeto de un catequista rezagado de los placeres sensibles; este parece responder más bien a la idea de “suprema

energía” con la cual González alecciona a su hijo constantemente desde su llamado a la espiritualidad, pues hay en buena parte de estas cartas una especie de cristianismo atravesado por una concepción nietzscheana del hombre en la que él mismo ha de vivir al lado de los dioses, ahora imprecando a su hijo en su carta del 24 de abril de 1953:

Y como Jesucristo nos prometió que seríamos o que somos hijos de Dios, herederos suyos, que si fuéramos como él podríamos mandar al mar y a los seres todos, por eso soy yo cristiano. Y hasta luego. Ya hoy tengo 58 años y un día. Ya me acerco a los dioses, a Sócrates, a Dostoievski, a Shakespeare.

Luego vendrán pensadores como Spinoza, Kant, Schopenhauer o Emerson, que servirán al autor como puentes en su diálogo con Simón, huelga decir establecido en una sola vía. Cada carta es, en sí misma, instantánea de los asuntos familiares de sus hermanos Álvaro, Fernando, Pilar y Ramiro; de Margarita, su madre; de mademoiselle Tony —niñera de Simón en Marsella—; o del padre McCoy, otro personaje cercano a la familia. Desde allí aparecerán otros “notables” del mundillo antioqueño, desde poetas nadaístas como el mismísimo apóstol del movimiento, Gonzalo Arango, hasta señores de corbata como Benjamín Correa Fernández, Arturo Ángel Ochoa, Francisco Restrepo Molina, Luciano Villa Santamaría etc., etc., no sin antes haberle hablado a su hijo acerca de sus vacas y sembradíos, de las novillas holstein que acaba de comprar, de toros y terneras recién destetadas, de yerba imperial, de alambrados y “yaraguazales”.

En este vaivén entre la naturaleza y la vida en sociedad, que Fernando González suele rehuir para ir a cuidar de su ganado fuera del bullicio de la ciudad, leemos textos como este, en carta del 19 de febrero de 1951:

Te repito lo que te dije en carta anterior: que uno debe defender mucho su mundo interior; que no debe dejar que lo invadan los vulgares; que uno debe prestar toda ayuda razonable a los bobos y a los necios, pues son prójimos, pero no tolerar el que conviertan a uno en

columna para mear, como hacen los perros.

La experiencia estética suele estar entremezclada con pensamientos profundos junto a bagatelas del trabajo manual y certificados bancarios, exámenes de laboratorio y cartas que llegan desde diversos puntos del globo para contarnos de los hermanos de Simón. Se trata también de cartas en las que la voz de este jamás está presente, aunque su padre dé cuenta de las noticias recibidas anteriormente y que por lo general relatan pasajes de su vida estudiantil, de sus amoríos del pasado o el presente, acaso pidiendo consejos que González suele dar con tino, eso sí, hablando entre líneas sobre pesebreras y mayordomos que no han sabido responder por sus oficios diarios. En la carta que el filósofo envía a su hijo, el 26 de noviembre de 1951, le dice: “Tu novia salió antier, domingo, para N. Y., estuvo almorzando en casa, muy querida; me contó cuentos; yo le charlé mucho; le dije que tú eras muy bravo”. Más adelante agrega: “Nano ya por ahí pasado mañana tiene el último examen. Le ha ido muy bien. Ya el año entrante terminará. Goza mucho con el auto. Respecto de pesebrera y vacas, resulta que ese mayordomo es brutísimo [...]”. En esta misma carta, regresa a la enseñanza para rematar con una contundente posdata: “Mi régimen para hoy: Invocación a las 5:30; ¡Bendice, Señor, a este viejo tronco en donde anidan los cucaracheros! No hablar paja. La palabra es oro, es bomba atómica cuando contiene nuestro espíritu. Caminar sin urgencia. Trabajar sin urgencia”. Lo mismo ocurre cuando le habla sobre la importancia del descanso, “el arte más difícil”, pues para ello es preciso “desocupar la mente de todo habitante y ocuparla con nuevos”; también relajar los músculos y olvidar o impedir que a su casa ingrese alguna persona indeseada. De sus enseñanzas sobre asuntos como la fe, la libertad o las finanzas fuera de su terruño, Fernando González vuelve sobre la marcha y ahonda en cuestiones algo fútiles para el lector externo: de nuevo las afugias de dinero, recaudos de la familia en el extranjero o encomiendas, hasta pequeños chismes de la política y la farándula antioque-

ña y del mundo, como se puede leer en una carta del 19 de abril de 1951: “MacArthur va a tumbar al Truman. El Truman se parece mucho a un comerciante de telas y a Marianito Ospina. Es un viejo mediocre y grosero”. Más adelante, regresa a uno de los temas dominantes: la enfermedad. Así lo hace cuando escribe a Simón el 8 de junio de 1953:

Yo sigo muy jodido (¡qué fea palabra!) de la circulación y de dolores nocturnos en el hígado, intestino, pulmón, etc., todo al lado derecho del cuerpo. Me duele y atormenta apenas me acuesto, y no me deja dormir. Levantado, padezco poco. ¡Qué se va a hacer...! Sigo contento: padezco, pero medito, que es mi lema.

Los temas que Fernando González toca en la mayoría de sus escritos son aquí materia accidental, ya que interesa a su autor sobre todo el mantenerse al día con su hijo en lo tocante a los suyos. El valor innegable de estas cartas reside en la naturalidad con la que Fernando González transforma el amor paternal en meditaciones no tanto morales como estéticas y espirituales: desacralizar algunos discursos —“en *Mi Simón Bolívar* escribí que yo era un hombre que buscaba al Señor en el escusado, mientras defecaba, pues Él está en todas partes y en todo acto”, dice el 26 de noviembre de 1951—, hasta vivir con sencillez pasmosa mientras la Colombia de nuestros padres sobrevivía a duras penas a la godarria y la oligarquía. Aquel místico escritor de cartas que se pasaba los días de fiesta “trabajando en deshierbas y en el ganado”.

**Carlos Andrés Almeyda Gómez**